



BIBLIOTECA

P07297

R2

PROPIEDAD DE LOS EDITORES.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

85788

Sta Biblioteca Pública del Estado

Fran^{co} L. Goya

La caligrafía.

BENDIGA Dios á aquel Don Juan Francisco Camacho y Fernández, de quien recibí en mi niñez las durísimas lecciones de instrucción primaria! Ciertamente es que aplicaba con rigor en cada modorro educando, el sabio principio de que *la letra con sangre entra*. cierto que más de una vez descargó la regla que siempre llevaba en la mano, sobre los nudillos de la mía, por el solo delito de tomar la pluma con los cinco dedos; cierto que la blandura de mis orejas en mu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

ada. 1625 MONTE...

cha parte es debida al manoseo y estira y afloja de que con ellas usó el malhumorado domine; pero en cambio, si por él no fuera, ¿qué habría sido de mí en una ciudad que por entonces me parecía una Babel, sin más recomendación que la carta del padre Marajo al capellán del Calvario?

Que Don Juan Francisco era cruel, que los papás consentidores de San Martín de la Piedra tuvieron con el maestro de escuela más de un disgusto, que enseñaba á la antigua, y todos los demás cargos que pudieran hacérsele, quedan por mi cuenta remitidos y aún justificados, puesto que salí de la escuela á los catorce años con aquella letra inglesa que era orgullo de mi madre, pasmo de mis parientes y envidia de los extraños, y que fué en la ocasión que voy á referir, abono de mi persona y auxilio de mi necesidad.

Yó, Juan de Quiñones, nací en San Martín de la Piedra; lugar que queda descrito y por menudo pintado en un librejo que rueda por esos mundos con el título de "*La Bolla*," y que aún no está prohibido leer. En él dí cuenta, como de cosa interesante, de los

primeros pasos de mi vida; y si el lector le ha leído (como debe), ya se acuerda de mí y de algunas otras personas que aún continuarán dando quehacer á mi pluma, y algún entretenimiento á los que tengan ratos de sobra en su vida.

Contaba yo á los veintiún años con un pedazo de tierra caliente, en la cual se asentaban cuatro ó cinco jacales y pastaban hasta unas cincuenta vacas; sin perjuicio de algunas brazas de corral, que encerraban en tiempo de aguas hermosas matas de maíz y en tiempo seco los animales destinados á la venta. De tierra caliente he dicho, para no tener que añadir que era hermosa, feraz y rica, por más que no fuera muy próxima á la costa; y baste aquella frase, pues los que conozcan la tierra caliente no necesitan más, y los que no la conozcan no han de entender todo lo que quiero decir, por más que hable como un descosido y describa con más prolijidad que novelista romántico por entregas.

Era aquel rancho sobradísimo para mi subsistencia en San Martín; pero como me vino la necesidad, y sobre la necesidad el antojo de

marchar á la capital de mi Estado, en donde vivía ya cierta dulce niña cuyo recuerdo no me dejaba dormir, pensé dar en arrendamiento mi propiedad; pues calculaba que con trescientos pesos anuales que la renta me valía, no podía morirme de hambre en ninguna parte. Pero un maldito picapleitos de mi pueblo, profundo y listo en la ciencia de Papi-niano, que se sabía de memoria los expedientes del Juzgado y era extremado en el arte de enredarlo todo, averiguó que mi rancho llevaba á costas un gravamen en favor de la capilla de San Lázaro, y aunque se persuadió de que estaba redimido, me armó camorra, me entretuvo en San Martín cinco meses, que fueron siglos para mí, y al fin, para no acabar mi escaso patrimonio en papel sellado y propinas para el Secretario del Juez, consentí en la infame transacción que el tinterillo Severo me propuso. En virtud de ella, renunció aquel bribón *todos sus derechos*, mediante doscientos pesos, que por mensualidades de á quince habría yo de pagar; y hasta fueron por mi cuenta los gastos de la escritura!

Arrendado el rancho, percibiría yo, pues,

diez pesos mensuales; pero ¡que diantre! el padre Marojo me daría una carta de recomendación para el Capellán del Calvario, y según aquél decía, éste era amigo íntimo de un caballero cuya señora era prima de la esposa del Secretario de Gobierno; por donde el padre Marojo y yo veníamos á concluir, que el Secretario no podía menos que recibirme con los brazos abiertos. Eso sí, era preciso que yo llevara algo de dinero para hacerme ropa al llegar; pues en las grandes ciudades, como nuestra capital, la apariencia es mucho cuento y más de la mitad del negocio.

Pues nada: el señor Cura me consigue de algun amigo cien duros, y queda encargado de ir pagándolos con lo sobrante de mi renta, deducidos los abonos de la maldecida transacción. Es decir, que me llevo cien duros en el bolsillo para todo gasto, agotados los cuales, me quedo en el aire durante un año poco más ó menos; pero repito que esto no importaba, siendo como era, que á los cinco días de estar en la capital ya habria obtenido un empleo con dotación de seiscientos pesos anuales por lo ménos, y *para mientras* nada más, pues era

claro que yo había de encumbrarme fácilmente.

Emprendí el penoso viaje en mejor cabalgadura y con más adecuados arreos que los que aventureros de mi especie han solido gastar; pero no ciertamente bajo auspicios mejores, dando al cuarto día con mi humanidad en aquello que entónces tuve por populosa y opulenta ciudad, y que hoy considero como un San Martín más grande, ménos muerto y ménos honrado también.

De hoz y de coz me metí con cabalgadura y todo en la casa del capellán del Calvario Don Sebastián Quebradillo, quien sea por la sorpresa ó por educación, no tuvo más sino recibirme con buena cara, catre para mí y pesebre para mi caballo. Y más que por llenar la recomendación del padre Marojo, por desembarazarse de un huésped gravoso, se dirigió muy pronto y con todo encarecimiento á aquel su amigo, suplicándole pusiese en actividad su reconocida influencia para conseguirme una colocación cualquiera en cualquiera oficina. El amigo habló á su mujer, su mujer á la del Secretario del Despacho, y es-

ta al mismo Secretario, el cual no hizo caso de aquella milésima impertinencia de su cara mitad.

Mientras tanto pasó una semana y luego otra, y el amigo del padre Quebradillo aseguraba que sólo se esperaba la *primera oportunidad*, que ya por entónces estaba en uso para partir á los desdichados aspirantes: yo, lleno de cortedad y cobardía, no tenía aún en la ciudad más conocido que el sastre que me hiciera los dos trajes *á la moda*, que turnaba yo cada siete días cuidadosamente.

El más triste desaliento se apoderaba ya de mí, y cierto mal humor del Padre, cuando hubo de llegar la ocasión de cierta función religiosa que se celebraba con gran pompa y artificio en el templo del Calvario, y el Padre como de costumbre, formuló en borrador la consabida cartita suplicatoria, pidiendo la limosna de los devotos para la solemnidad aquella, y me encomendó la tarea de poner treinta ejemplares en limpio; pues otros ayudantes tomaban á su cargo las demás.

¡Santo Dios, y qué copia la primera que hice! La fecha que la encabezaba fué pinta-

da con letra gótica pequeña y adornada de limpios rasgos; en seguida la dirección con una interesante bastarda española, y el cuerpo de la carta con aquella inglesa que admiraba y suspendía por la firmeza de los perfiles y la gallardía de la forma.

Cuando el padre vió aquello, que yo le enseñé bajo el pretexto vanidoso de saber si le parecía bien así, llegóse á una ventana, extendió el brazo á todo extender, para buscar distancia á los cansados ojos, y no dando á estos crédito, acudió á los anteojos cuyas varillas se completaban con mugriento cordón, y al través de los lentes pudo al fin persuadirse de que era la copia superior á todo elogio. Creo que su avaricia cedió á su contento, porque aquel día me dió una copita del aguardiente que él tomaba antes de la comida.

Yo escribí la carta para el Gobernador, para el Secretario, para el Tesorero, para toda persona de algún valer; y cada copia era nuevo motivo de admiración para el entusiasmo sacerdote, pues en cada una añadía tres rasgos mi pluma, ó modificaba una forma ó hermoseaba una letra.

Tres días después comenzaron á llover propinas que el cura ocultó á mis cálculos, por lo cual perdí un dato importante. Al anochece el cuarto, el padre Quebradillo, con alegría que revelaba el deseo de salir del huésped, me llamó aparte y me dijo:

—Mire vd. cómo las obras de piedad encuentran recompensa en todas partes. El Secretario particular del Sr. Gobernador me encontró hoy en la calle, y después de elogiar muchísimo la letra de vd., me rogó en nombre de su jefe que le ceda mi escribiente para su oficina. Le he ofrecido que mañana mismo se presentará vd. en palacio á recoger su nombramiento. Tendrá vd. veinticinco pesos mensuales. Mañana temprano vaya vd. á misa en acción de gracias, y después de desayunarse á palacio.

II

PEPE.

ASI fué como á mediados de Julio me encontré colocado en la Secretaría particular del señor Gobernador, en calidad de escribiente; prévia cierta información corrida para averiguar mi origen, educación, y antecedentes, con el fin de calcular el grado de confianza que podía hacerse de mi discreción y sensatez. Toda ella salió á la medida de mi deseo, pues el padre Quebradillo declaró

que tenía yo más prendas que casa de empeños y aun certificara mi entronque con el emperador de las Rusias, si tal requisito se exigiera para sacarme de su casa y alejarme de su mesa.

Sin embargo, aun permanecí en la una y me senté á la otra durante cinco días más, que fueron bastantes para que yo me hiciera de relaciones con algunos oficinistas, los cuales me invitaron á vivir con ellos, entrando á escote en gastos domésticos.

Así se hizo, y con el precio de mi caballo, que vendí al primero que quizo hacer postura, me avié de los indispensables muebles para comodidad mia y adorno del cuartocho que mis compañeros me destinaron en la pequeña, mal untada y peor barrida casa en que vivian.

Eran mis compañeros, un escribiente del Congreso, que aunque procuraba parecer malicioso, no lograba encubrir los ribetes de su sandéz, y otro de la Aduana, que trataba desde hacía un año, con fe y constancia, de completar un soneto amoroso, primero que escribía y que bastó para ablandarle los sesos. Pero

falta lo mejor: el tercer habitante de aquella casa. Era este un hombre indefinible, de quien algunos creían que contaba veinte años, y que yo en más de una ocasión juré que alcanzaba los cuarenta. De escasa estatura, ancho y anguloso, no muy provisto de carnes ni de barbas, abundante en cabellos jamás tocados del peine, serio las más veces y risueño y festivo algunas, acusaban sus ojos malicia, penetración y vivacidad, como sus delgados lábios, burla, sarcasmo y disposición á las malas palabras.

Todo el mundo le llamaba Pepe Rojo. Yo no le conocí oficio ni beneficio; pero ello es que él pagaba su escote con religiosa puntualidad. Cualquiera día se nos presentaba con el libro bajo el brazo, anunciándonos que tenía solicitado un exámen de Derecho internacional, administrativo ú otro, y durante quince días creíamos que era estudiante; pero al cabo de un mes nos explicaba, que habiendo tropezado con dificultades que le oponía la parcialidad de alguno de los profesores, reservaba el exámen para más tarde y mejor ocasión, y entónces el Wattel desaparecía de su cuar-

to, con probabilidades de haber ido á una casa de empeños en espera de la mejor ocasión que su dueño aguardaba.

Leía muchos libros que parecían prestados, segun entraban y salían, quedando tan poco tiempo en casa, que apenas podía yo imponerme de sus títulos y leer algunas páginas. Y en verdad que con tan diversa y variada lectura, hecha á vapor, no sé como aquél hombre no perdió la cabeza. *Los Girondinos, El Periquillo, La Física de Brisson, El Album de las Flores, El Tesoro del Parnaso Español, El Principe de Maquiavelo, los Cuentos de Dickens, las Leyes de Toro, el Alvarez,* y muchos otros libros que jamás pudieran tener concordia ni armonía entre sí, eran devorados por el estudiante con la misma avidez, sin contar los periódicos de todos tamaños, colores y condiciones, que leía desde el título hasta el último anuncio.

En ello gastaba la mayor parte de su tiempo, consumiendo el resto, ya en improvisar versos de cierta chispa con que desesperaba al desdichado Julián, autor del inacabable soneto; ya burlándose del simplísimo Cle

mente, ó haciéndole rabiarse con hablarle de sus jefes los señores diputados.

El día que fuí presentado á él, se me quedó mirando fijamente y charló un rato conmigo con cierta gravedad; pero á la postre, frunció ligeramente los labios y me dijo:

—Muy bien, señor Quiñones, muy bien. Esta vd. en buen camino. Yo tengo la creencia de que la patria suele ser una mala madre; pero que es siempre una excelente nodriza.

Y por lo mismo que se quedó tan serio, yo tuve que reirme, aunque aquello me molestara un tantico.

—No se ría vd., añadió; esto va en serio. Celebro que tenga vd. alcances más maliciosos que este par de muchachos, pues habrá en casa con quien hablar; pero no adelante vd. las narices de su perspicacia, porque podrían remacharse contra la esquina de mi formalidad. La patria es, como madre joven, incauta y descuidada, y más repara en satisfacer los caprichos de los niños que en corregir sus yerros y llevarlos por el camino de la buena crianza. Esta es la base de mi teo-

ría. Todavía gusta esta buena mamá de bureos y zarandajas, de donde resultan á los niños on pocos chichones en la frente, muchas impertinentes obstinaciones y una educación fatal. Vd. la toma de nodriza y hace muy bien; nada más hay que tener eso como única idea, sin llegar á encariñarse con aquella hasta declararla madre, porque entonces todo se pierde. Nada, señor Quiñones; os claro que madre joven no puede tener hijos con barbas: somos niños, estamos en la época de la lactancia.

No dejó de picarme aquella primera vez el discursillo de Pepe; más á poco, cuando hube conocido su humor y su chispa, era una de mis más agradables distracciones oír de su boca los largos párrafos filosóficos, políticos, científicos ó literarios que traía siempre en la tetilla de la lengua.

Pero nada me agradaba tanto como pedirle informes de algún personaje del poder, pues sobre instruirme en materia de tanta entidad para mí, por la fidelidad del pincel con que retrataba, añadía á sus figuras ciertos rasgos caricaturescos de mucho nervio y gracia.

Un día le pregunté qué clase de persona era el Secretario particular; mi inmediato jefe; y Pepe desató el hilo y echó el ovillo á rodar de la manera siguiente.

—¿Miguelito Labarca? ¡Oh! es un muchacho simpático y agradable. Fué mi condiscípulo y recibió el título de abogado hace cinco meses. ¡Bonita estampa, verdad? Con su ancha frente, sus ojos pardos más francos que penetrantes, el bozo de colegial y su gallarda apostura, parece que nació para diputado. Ya ve vd. que lo es antes de tener la edad que la ley exige. Ha sido muy precoz. De quince años hizo unos versos muy malos y los leyó en la noche de un quince de Setiembre; pero como el auditorio era peor que los versos, los aplaudió frenéticamente. Al siguiente año los volvió á leer en la misma solemnidad y parecieron mejores. Después publicó sonetos eróticos por el estilo del de Julián, y al cabo llegó á ser el improvisador de todas las comilonas y el niño mimado del bello sexo, que ha sido siempre muy fuerte en literatura. Agregue vd. que el señor su papá le conseguía en el colegio medallitas de cobre dorado

para la solapa, y vendrá vd. á comprender cómo nos hemos visto todos en el caso de confesar que es muchacho de mucho talento. Y como esta buena genté crea una cosa, ya se puede contar con que se extenderá á cinco mil disparates. Convenido y acordado que Miguelito es poeta, se infiere que es orador, que es buen abogado, que es sagaz, que es profundo, que es valiente, y por último, que es político. Todo eso se lo cree él mismo de buena fe. . . . Y vea vd., si tuviera más talento del mediano que posée, no serviría. No hay cosa que más estorbe que el talento claro y firme; porque no consiente conformidad con los tontos. Miguelito es capaz de pensar algo bueno; pero se puede acordar facilmente con los necios más acabados.

Sobre el fondo oscuro de esta palabrería, veía yo destacarse con perfecta claridad la figura del joven diputado, así como ejercitando lápiz hace aparecer entre toscas rayas una fisonomía conocida con extraordinaria semejanza.

Pepe continuó:

—No crea vd. por lo que digo, que Miguel

Labarca es un farsante de oficio ni de malos sentimientos. No, señor; cree de buena fe lo que todo el mundo dice. Sus sentimientos han sido naturalmente nobles; pero algo los encanalló el bueno de su papá con las medallitas del colegio, enseñándole con ellas que existe en el mundo la venalidad, y que es bueno aprovecharla. Me consta que cuando era estudiante se indignaba al saber cualquiera infracción de nuestras leyes; pero eso nada tiene de particular puesto que no era todavía político y le faltaba mucho mundo; ahora que le hicieron diputado á los veinticuatro años, la razón política le parece superior á todo. Niñerías: ya sabemos que entre los buenos principios y la política hay la misma distancia que entre el derecho y un expediente de dos mil hojas de papel sellado. Ahora sí está en camino de llegar á maestro, porque gracias siempre á los buenos oficios de su padre, además de ser diputado ha conseguido como encargo honorífico el de escribir la correspondencia privada del Sr. Don Sixto Liborio Vaqueril, de ese hombre que con tanto acierto guía la nave del Estado en el mar

de la política. Cuando el tal Don Sixto oyó las pretensiones del viejo Labarca dejó caer la baba; porque jamás había imaginado cosa tan peregrina; y eso de tener un abogado poeta y orador para escribir sus cartas le ofuscó los turbios ojos del entendimiento y aceptó los gratuitos servicios de Miguel. Desde entonces figura este en primera línea entre los hombres de influencia y porvenir: así lo creen todos y él también. Dentro de poco él no lo creará pero procurará que los demás no dejen de creerlo. Queda encargado el Sr. Don Sixto Liborio de enseñar á Miguelito como maestro de práctica, y yo le aseguro á vd. que Miguelito aprenderá, aunque haciéndole justicia hay que confesar que se resiste á las primeras lecciones.

Tal era en realidad mi guapo jefe, á quien después llegué á conocer tanto como aquel estudiante original.

